

de su bendita Madre, pidiendo perdón; como es tan buena, no podrá dejar de apiadarse de mí, o, al verme tan desdichado, inclinará en mi favor, compadecida, la indulgencia de su Hijo Santísimo.»

Concluyamos, pues, diciendo con el monje Eutimio: «Poned en nosotros, ¡oh piadosa Madre!, vuestros ojos de misericordia. Siervos vuestros somos, y en Vos hemos colocado toda nuestra esperanza.»

EJEMPLO.

Resucitada por la oración del marido.

Se cuenta en el TESORO DEL ROSARIO que un caballero casado y muy devoto de la Madre de Dios, habiendo hecho en su palacio un oratorio, pasaba en él mucho tiempo delante de una imagen de la misma Señora, no sólo de día, sino también de noche, quitándose del sueño. Su mujer, que le sentía levantarse a deshora, salir del cuarto y volver tarde entró en sospechas, y con esta inquietud un día se atrevió a preguntarle resueltamente si, fuera de ella, amaba a alguna otra mujer. El respondió, sonriendose, que amaba a una Señora, la más amable del mundo, a quien había dado todo su corazón, y que primero moriría que dejar de quererla. «Tú misma, si la conocieses —añadió—, me estimularías a tenerle más

amor aún», entendiéndolo de la Virgen Santísima, a quien realmente amaba con ternura. Entrando su esposa entonces en mayores recelos, para acabar de asegurarse, le volvió a preguntar si cuando salía de la alcoba iba acaso a buscarla. El caballero, que no sabía lo que pasaba por el interior de su mujer, respondió que sí. Con esto, persuadida de lo que no era, una noche, luego que se vio sola, tomó un cuchillo, y, desesperada, se degolló. Cuando el caballero volvió, después de sus devociones, notó que la cama estaba muy humedecida. Llamó a su mujer, y no respondió; la mueve, pero está insensible. Busca una luz, y ve el lecho bañado en sangre y muerta a la infeliz, con la cuchilla en la garganta. Entonces conoció que los celos la habían arrebatado a cometer aquella maldad. Echa la llave, vuelve a la capilla, y, postrado delante de la Virgen Santísima, comenzó a llorar amargamente y a decir: «Madre mía, ya veis en qué aflicción tan grande me veo. Si ahora Vos no me consoláis, ¿a quién he de acudir? Por mi devoción he tenido este infortunio de ver a mi mujer muerta y condenada. ¡Vos, Señora, podéis remediarlo: hacedlo por vuestra bondad!»

¡Oh, y cuán cierto es que todo el que acude a esta Madre de misericordia halla el consuelo y remedio que desea! Al acabar la súplica, oye la voz de una criada, diciéndole que le estaba llamando la señora. Apenas, de alegría, lo podía

creer, y le mandó que se enterase bien si era cierto. Ella volvió asegurándolo, y que viniese pronto, pues la señora le esperaba. Va corriendo, abre la puerta y halla viva y sana a su mujer, la cual, llorando se le echa a los pies y pidiéndole mil perdones le dice: «¡Ah esposo mío! Por tus ruegos me ha librado del infierno la Madre de Dios.» Empezó él también a llorar, y fueron juntos a la capilla a dar a la Virgen las debidas gracias. Al otro día hubo convite, al que asistieron todos los parientes, en cuya presencia le mandó el marido que contase lo que había pasado. Ella lo hizo, mostrando la cicatriz que había quedado en el cuello para testimonio de la verdad, y a vista de tan gran prodigo, todos sintieron en sus corazones nuevos deseos y estímulos al amor y devoción para con la Sacratísima Virgen.

ORACION

¡Oh Madre del Amor Hermoso! ¡Oh vida, refugio y esperanza nuestra! Bien sabemos que vuestro Santísimo Hijo, no contento de ser continuamente nuestro abogado para con el Padre, quiso que Vos también lo fueseis, para que con vuestra poderosa intercesión nos alcancéis las misericordias divinas, el logro de todo justo deseo, y después la salvación eterna. A Vos recurre, pues, este pecador miserable; a Vos que sois la esperanza de los desvalidos. Por los méritos de mi Señor Jesucristo y vuestra poderosa mediación espero salvarme con tanta confianza, que, si estuviese en mi mano la salvación, la pondría en las vuestras, porque más confío en vuestra misericordia y protección que en mis propias obras. ¡Oh Madre y esperanza mía, no me abandonéis, aunque lo tengo merecido! Mirad las miserias que me cercan y moveos a compasión de mi alma, para que no se pierda. Conozco que por mis culpas he

cerrado la puerta muchas veces a las luces, auxilios y gracias que Vos me procurabais. Pero vuestra piedad con los infelices y el valimiento que tenéis para con Dios es mucho más que el número y malicia de mis pecados. Los cielos y la tierra publican que a quien Vos protegéis no puede perecer. Olvidese todo el mundo de mi, con tal de teneros a Vos. Decid al Señor que soy vuestro, decidle que corro de vuestra cuenta, y me salvaré. En Vos, Señora, confío y quiero vivir, y espero morir diciendo que mi única esperanza es Jesús, y Vos después de Jesús.

2.º— María es la esperanza de los pecadores.

Dos lumbreras puso Dios en el Cielo: el sol, para que iluminase el dia, y la luna, la noche (Gen., 1, 16). El sol, dice Hugo, Cardenal, que es símbolo y figura de Jesucristo, cuya luz reciben los justos y viven en gracia; y la luna, figura de María, por quien son iluminados los que viven en la noche de la culpa. Siendo, pues, María luna tan propicia para todos los pecadores, si alguno, dice el Papa Inocencio III, yace en la noche de la culpa, mire a esta luna, invoque a María. Ya que perdió la luz del sol, perdiendo la gracia divina, no le queda más que volverse a mirar a María que le dará el resplandor y conocimiento para ver su infeliz estado, y también fuerzas para que salga de él; como que por sus ruegos piadosos, dice San Metodio, se convierten muchos a cada hora.

Uno de los dictados con que la santa Iglesia quiere que la invoquemos, y de los que más nos esfuerzan y alientan, es el de *Refugio de pecadores*.

Hubo en Judea ciudades de asilo, donde se refugiaban los delincuentes. Ahora, entre nosotros, no hay tantas: pero tenemos a María, que vale por muchas, de quien se dice en un salmo (86, 3): *Cosas de mucha gloria se dicen de Ti, ¡oh ciudad de Dios!* Y con otra ventaja muy principal: que no era el asilo para todos los reos, cuando bajo el manto de María todo pecador halla abrigo y absolución de cualquier crimen que haya cometido, por ser para todos ciudad de refugio, dice el Damasceno.

Ni es menester que uno hable por sí. Ella se encarga de la defensa. Si nos falta el ánimo para pedir perdón al Señor. Ella hará nuestras veces. Adán, Eva y todos los hijos que habéis provocado la ira de Dios, acudid a María, que es vuestra Madre, ciudad de asilo y única esperanza.

Dios te salve, abogada única de los pecadores y amparo segurísimo de los desvalidos. Decía David (Ps., 26, 5): *El Señor me protegió escondiéndome dentro de su tabernáculo.* ¿Qué tabernáculo es éste, propio de Dios, pregunta San Andrés cretense, tabernáculo en que sólo entró el Señor para cumplir en él el soberano misterio de la redención humana, sino María? Acudamos, pues, a María, como van los enfermos *al hospital general*, a cuya beneficencia tiene un desdichado tanto más derecho cuanto más pobre y miserable se ve.

Cuanta más sea la miseria, menos los méritos y mayores las llagas del alma, que son los pecados, más motivo parece que tiene cualquier pecador para decirle: Señora, pues que sois la salud de los enfermos, y yo el más enfermo de todos, tengo más necesidad que nadie de que me admitáis y me sanéis. Digámosle, con Santo Tomás de Villanueva: «Los pecadores no conocen otro refugio fuera de Vos. Vos sois su abogada y única esperanza; en vuestras manos nos ponemos.»

En las revelaciones de Santa Brígida es llamada «Lucero que sale delante del sol», para que entendamos que cuando en un alma pecadora empieza a nacer su devoción, es señal infalible de que dentro de poco vendrá Dios a iluminarla con su gracia. EL SALTERIO MARIANO, después de comparar el estado del pecador con un mar agitado por la borrasca, donde los infelices se ven caídos de la nave, que es la gracia de Dios; combatidos por las olas y remordimiento de la conciencia, temerosos de la ira divina, sin luz, sin piloto, sin esperanza y próximos a perecer, los anima, con todo, a confiar, y señalando a María, les dice: «No os desalentéis, pecadores, sino alzad los ojos y mirad aquella hermosa estrella del mar, que ella os sacará, sanos y salvos, a puerto de salvamento.»

Esta era también la exhortación de San Ber-

nardo: «El que no quiera quedar sumergido, mire la estrella, llame a María.» Sí, porque «Ella, dice Blosio, es el único amparo de los que han ofendido al Señor, el esfuerzo de todos los tentados y atribulados, y su misericordia y dulzura se extiende, no a los justos sólo, sino a los pecadores, aunque se vean al borde del precipicio, a los cuales acoge benignamente, alcanzándoles el perdón de su divino Hijo al instante que ellos imploran su ayuda y favor; llegando a tanto la bondad de su corazón, que muchas veces aun a los más obstinados y desamorados con Dios los previene, despierta, solicita y saca del abismo profundo de los vicios, alcanzándoles la gracia y después la gloria. Dios le dio un natural tan piadoso y blando, para que nadie desconfie de acudir a valerse de su intercesión. Finalmente, no es posible que ninguno se pierda que con humildad y esmero aspire a su devoción.»

Lamentábase el profeta Isaías (64, 5-7) y hablando con el Señor le decía: *Estás enojado porque nosotros pecamos, y no hay uno que se ponga de por medio y detenga tu brazo.* Y «era, dice el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA, porque entonces aún no había nacido María.» Pero si ahora se llega Dios a irritar contra un pecador, y María toma a su cuidado protegerle, aplaca el enojo de su Hijo y salva al pecador. Ni ¿quién podrá mejor detener con su mano la espada de la divina justicia e impedir que

se descargue el golpe? No desconfies, pecador, sino acude a María en todas tus necesidades, y siempre la encontrarás dispuestá a socorrerte; porque Dios se complace de que sea Ella la que en toda urgencia y necesidad nos ampare a todos. Y como tiene entrañas de tanta misericordia y deseo tan grande de la salvación de los pecadores, por perdidos que estén, los anda buscando, y si por su parte la buscan también ellos, pronto halla medio de hacerlos aceptos al Señor.

Deseaba el patriarca Isaiás comer carne de caza, y prometió a su hijo Esaú, luego que se la trajese, darle su bendición. Rebeca, que oyó la conversación, deseando que más bien la recibiese su querido Jacob, le dijo (*Gen., 27, 9*) que fuese corriendo y le trajese dos cabritos para guisarlos al gusto del anciano padre. Según San Antonio, fue Rebeca figura de María, que dice a los ángeles: «Id y traedme pecadores, figurados en los cabritos, que yo sé disponerlos (con alcanzarles dolor y propósito) de manera que vengan a ser agradables al gusto del Señor.» La misma Señora reveló a Santa Brígida que ninguno hay en la tierra tan enemigo de Dios, que si acude a Ella, no llegue a recobrar la gracia. Una vez oyó la misma Santa, de la boca de Jesucristo, hablando con su Madre Santísima, que hasta para el enemigo infernal habría remedio si se humillase a pedir perdón por medio de la Virgen. Nunca lo hará él, por su

obstinación y soberbia; pero si esto fuera posible, tanto es el poder de María y tanta la fuerza de sus ruegos, que, sin duda, le alcanzaría misericordia y gracia. Mas, lo que sucederá con el demonio, se está verificando diariamente con los pecadores que se valen del patrocinio en su piedad soberana.

Figurada estuvo María en el arca de Noé, porque así como en ella se salvaron todos los animales, así bajo su manto se libran todos los pecadores, que por los vicios de sensualidad son comparados a los brutos; mas !con la diferencia, dice un escritor mariano, que los animales no mudaron de naturaleza con entrar en el arca; pero bajo aquel manto prodigioso el lobo se convierte en cordero, y el tigre en paloma». Cierto día vio Santa Gertrudis bajo el manto extendido de María muchas fieras de diversas especies: leopardos, osos, leones; y vio que la Virgen no sólo no los echaba de Sí, sino que los acariciaba con su mano. Y entendió que estas fieras eran los pecadores, que al implorar el favor de María eran acogidos por ella con amor y benignidad. ¡Oh Señora! No tenéis asco de ningún pecador, por inmundo que esté, si a Vos recurre; no os desdeñáis en extender vuestra mano piadosa para sacarle del abismo de la desesperación, si él os llama. Sea mil millares de veces bendita y ensalzada la misericordia del Señor, Madre amabilísima, por haberos criado tan benigna y dulce hasta con los pecadores infelici-

simos. Desdichado del que no os ame; desdichado del que, pudiendo, no acude a Vos, porque para él no habrá remedio; así como de cuantos en Vos confien, ninguno se perderá.

Permitió Booz a la joven Rut (2, 3) que recogiese las espigas que caían de manos de los segadores. Así Dios concede a la Doncella purísima que *halló gracia en sus ojos* que vaya recogiendo otras espigas de más valor, que son las almas. Los segadores son los operarios evangélicos, misioneros, predicadores y confesores, los cuales, con sus fatigas, están siempre cultivando la heredad del Señor y ganándole almas. Pero hay algunas como espigas abandonadas, tan duras y rebeldes, que sólo la Virgen piadosísima, con su poderosa mano, puede recogerlas y ponerlas en salvo. ¡Ay de aquellos que ni de mano tan santa se dejan coger! Bien se pueden dar para siempre por abandonadas y perdidas; así como una y mil veces serán felices las que no resistan. «No hay en el mundo, dice Blosio, pecador alguno tan perdido y enganado, que sea aborrecido de María», porque, si acude a su amparo, Ella tiene en su mano el poder, el saber y el querer para alcanzarle la gracia y amistad de Dios.

Razón sobrada tenían los Santos para dirigirnos, Señora, la voz, y llamaros a boca llena Refugio único de pecadores, Esperanza de malhecho-

res, Esperanza de desesperados. ¿Quién, oyendo esto, no pondrá en Vos toda su confianza? ¿Quién dudará conseguir perdón y cuanto pida, sabiendo que protegéis aun a los que se ven caídos en el abismo de la desesperación?

Refiere San Antonino que cierto pecador creyó hallarse ya delante del tribunal de Cristo. El diablo le acusaba y la Virgen le defendía. El enemigo presentó contra el reo todo el proceso de su mala vida, el cual pesaba mucho más que las buenas obras. ¿Qué hizo entonces su celestial Abogada? Puso la mano en el peso y le inclinó en favor del acusado, dándole a entender que le alcanzaba el perdón con que él mudase de vida, y así lo hizo desde aquel día con verdadera enmienda.

EJEMPLO.

Perdonado por intercesión de María.

Un hombre casado vivía en desgracia de Dios; la mujer era buena, y no pudiendo apartarle del mal camino, le rogó que, a lo menos, siempre que hallase alguna imagen de la Virgen le rezase una Avemaría. El tomó el consejo, y yendo una noche a ofender a Dios vio una lámpara encendida delante de una de sus imágenes con el Niño en los brazos. Le rezó su Avemaría; pero, al acabarla, notó que el Niño estaba todo llagado, y de las

heridas corriendo sangre. Admirado y compungido por conocer que sus culpas eran la causa, empezó a llorar; pero viendo que el Señor le volvía las espaldas, lleno de confusión se dirige a la Virgen, diciendo: «Madre de misericordia, vuestro Hijo me desecha, pero en Vos, que sois Madre suya y tan compasiva, tengo abogada. Favorecedme y pedidle por mí.» La Virgen le respondió desde la imagen: «Madre de misericordia me llamáis los pecadores; pero me hacéis Madre de miseria renovando la Pasión de mi Hijo y mis dolores.»

Con todo, como Ella no acierta a Jespedir desconsolado a ninguno de los que llegan a su puertas, se puso a pedir a su Santísimo Hijo que se dignase perdonarle. Mostraba el Señor repugnancia, pero la benignísima Señora dejándole en el nicho, se le puso de rodillas, diciendo: «Hijo mío, no me levanto de aquí hasta que perdonas a este pecador.» Entonces respondió Jesús: «Madre mía, nada puedo negaros; pues queréis que le perdone, le perdono por amor vuestro. Traedle a que besé mis llagas.» Con esta licencia se acercó él, y, conforme las iba besando, se iban cerrando y quedando sanas. Al fin de todo le dio el Niño un abrazo, y desde aquella hora mudó el hombre de vida, pasando santamente lo restante de ella y amando con ternura a su Protectora, por quien alcanzó gracia tan especial.

ORACION

Purísima Virgen María, adoro vuestro santísimo corazón, donde tuvo el Rey de los Cielos su descanso y delicia. Yo, pecador miserable, vengo a vuestra presencia con el mio lleno de manchas, y así no alego méritos ni virtudes, antes bien, sé que por mis vicios no merezco más que tormentos eternos. Pero ahora que siento deseos vivos de enmendarme, me valgo con toda confianza de vuestra bondad y misericordia. Mirad, Señora, lo que vuestro dulcísimo Hijo padeció por mí, y de esta suerte no podéis desecharme. Os ofrezco todas las penas de su santísima vida, el desabrido del pesebre, los trabajos de la huida a Egipto, la pobreza, agonía, sudor de sangre y muerte afrentosa con que a vuestra presencia expiró en la cruz. Por todas estas penas y por el tierno amor que le tenéis, os pido me deis la mano para conseguir mi salvación. Madre mía, no creo que me abandonéis ahora que, arrepentido, acudo a Vos e imploro vuestro valimiento. Si otra cosa pensara, haría injuria a vuestra misericordia, que siempre busca a los más infelices para salvarlos. No, no negaréis vuestra piedad a quien Jesús no negó su preciosa sangre; pero como sus méritos no se aplican si Vos no intercedéis, así lo espero de vuestra piedad. No son riquezas, honores, ni otros bienes del mundo lo que solicito. Pido la gracia de Dios, su amor santísimo, el cumplimiento de su voluntad, y después, la gloria, para amarle eternamente. ¿Será posible que me escuchéis? Si, ya me escucháis; ya me recibís bajo vuestro manto; ya rogáis por mí; ya me alcanzáis lo que deseo. Sea así, Madre mía, y no me dejéis nunca ni ceséis un instante de pedir por mí hasta verme salvo en el Cielo, donde, postrado a vuestras plantas, no me cansaré de bendeciros y ensalzaros eternamente. Amén.

CAPITULO IV

A TI CLAMAMOS LOS DESTERRADOS HIJOS DE EVA

1.^o— *Maria ayuda prontamente a todos los que la invocan.*

Desterrados y peregrinos, vamos caminando por este valle de lágrimas los hijos de Eva, reos de su misma culpa, condenados a la misma pena y siempre lamentando los males que sufrimos de cuerpo y alma. Feliz el que entre tantas miserias vuelva con frecuencia los ojos al consuelo del mundo, al amparo de los afligidos, a la Madre de Dios. *Feliz, dice María (Prov., 8, 34), quien oye mis consejos y viene de continuo a las puertas de mi piedad* solicitando mi patrocinio.

Bien nos enseña la santa Iglesia la solicitud y confianza con que hemos de acudir continuamente a nuestra amorosísima Protectora ordenando venerarla con un culto muy especial: tantas fiestividades, el sábado de cada semana, tres veces al día,

y los eclesiásticos en el Oficio divino a cada hora, por sí y a nombre de los demás fieles, sin contar las novenas, oraciones, procesiones y peregrinaciones a sus imágenes y santuarios en tiempo de aflicción o calamidades. Esto es lo que la misma Señora pretende, recibiendo nuestros obsequios, aunque tan mezquinos, con el fin de consolarnos y socorrernos al ver nuestra confianza y devoción.

Dice el ESTÍMULO DE AMOR que de María Santísima fue en los tiempos antiguos figura muy expresa aquella mujer llamada Rut, nombre que en su lengua significa *la que ve y la que se apresura*; porque luego que *ve* nuestras miserias, viene *con celeridad* a remediarlas, siendo tanto el deseo que tiene de hacernos bien, que no lo difiere para después; y como, por una parte, no es avara de sus beneficios, y, por otra, es Madre amorosísima, corre a dispensarnos los tesoros de su liberalidad.

¡Oh y cuán veloz corre a favorecer a todos los que la invocan de corazón! *Tus dos pechos son como dos cabritillos mellizos* (*Cant.*, 4, 5). Sobre estas palabras dice Ricardo de San Víctor que los pechos de María están prestos a dar leche de misericordia a quien se la demanda, como para correr son veloces los cabritos. La piedad de la Virgen se derrama sobre quien la implora, aunque sólo sea rezando un *Ave María*. Y no sólo corre, sino vuela, a semejanza del Señor, que para responder a

quién le llama y conceder lo que se le pide, en cumplimiento de su promesa, vuela veloz. De este modo se entiende quién es aquella Mujer insigne del *Apocalipsis* (12, 14), *a quien dieron alas de águila*, expresión que el Padre Ribera explica del amor con que siempre voló hacia Dios; pero otros dicen, más a nuestro propósito, que significa velocidad mayor que vuelo de serafín, con que acude a socorrer a todos sus hijos. Por esto dice San Lucas en su Evangelio (1, 39) que cuando fue a visitar a su prima y a llenar de bendición aquella casa, *iba con gran ligereza*. Por lo mismo se dice también en los *Cantares* (5, 14) *que sus manos fueron hechas a torno*; porque así como el arte de tornear es más fácil y pronto que los demás, así más pronto es María que ningún Santo en favorecer a sus devotos. Según es el deseo que tiene de consolarlos, así es la prontitud con que acude luego que se siente llamar. Por eso el **SALTERIO MARIANO** la llama *Salud de los que la invocan*; y, al decir de los Santos, basta llamarla para ser uno amparado, basta invocarla para salvarse; siendo mucho mayor su voluntad de dispensarnos favores, que la nuestra de recibirlos.

Ni la muchedumbre de nuestros pecados debe hacernos desconfiar cuando nos llegamos a sus pies, porque es *Madre de misericordia*, y la misericordia no ha lugar cuando faltan miserables. Al modo que una madre natural no deja de atender a

la cura de un hijo tiñoso, aunque le cause asco, así María no nos desecha cuando la buscamos, a pesar la fealdad de nuestros delitos. Esto significó la piadosa Señora cuando, como vio Santa Gertrudis, extendía su piadoso manto para cubrir a los que venían buscando refugio en él, o mandaba a los ángeles que los defendiesen del enemigo.

Es tanta la clemencia con que nos mira y tanto el amor que nos tiene, que no espera nuestras súplicas para socorrernos, pues (*Sab.*, 6, 14) *nos alcanza los favores divinos antes que nosotros los solicitemos*. *Hermosa como la luna* es llamada, no sólo por la apacibilidad con que sale iluminándonos y alegrándonos, sino porque, llevada de su entrañable amor, se anticipa a nuestras súplicas y deseos. Esta bondad proviene, dice Ricardo de San Víctor, de tener un pecho santísimo tan lleno de piedad, que de suyo difunde misericordia, sin poder oír que un alma se halle en necesidad y no correr al punto a su remedio.

Bien lo dio a conocer en aquella boda del Evangelio, estando todavía en carne mortal. Luego que advirtió el sonrojo de los esposos, por habérseles acabado el vino, sin que nadie se lo rogase, y únicamente movida de sus piadosísimas entrañas, se acercó a su Hijo querido y le pidió que hiciese el milagro y consolase a aquella familia. *No tienen vino*, dijo; y el Señor, para consolar a los esposos, y

mucho más dar gusto a su Madre, lo hizo benignamente. Pues si favorece así aun a los que de Ella no se valen, ¿cuánto más pronto se mostrará en socorrer a los que la llaman con devoción?

Si alguno lo pone en duda, oiga el testimonio de los Santos que dice: *¿Quién jamás acudió a María, y dejó de encontrar amparo? ¿Quién, oh Virgen Santa, recurrió a valerse de vuestro patrocinio, con el cual podéis aliviar a todo miserable y salvar a todo pecador, y le abandonasteis? No, nunca sucedió ni sucederá que habiendo alguno acudido a Vos, le hayáis faltado. Y si esto se ha visto alguna vez, «no se hable más de vuestra misericordia», dice San Bernardo.*

«Antes faltarán los cielos y la tierra, añade Blosio, que María en socorrer a los que la invoquen sinceramente, poniendo en ella su confianza.» Y aun a veces seremos oídos más pronto recurriendo a Ella que si acudiésemos al Señor.

No porque la Madre sea más poderosa que su Hijo, puesto que bien sabemos que nuestro único Salvador es Jesucristo, sino porque recurriendo al Señor, y considerándolo como Juez, a quien también pertenece castigar, puede suceder que nos falta la confianza necesaria para ser oido; pero yendo a María, que otro oficio no tiene más que el de la misericordia para defendernos como abogada, parece nuestra confianza mayor y más segura.

Y así, vemos que muchas cosas pedimos a Dios, y no las alcanzamos. Las pedimos a María, y las alcanzamos. ¿Por qué? No porque sea más poderosa, sino por la razón ya dicha, y también porque Dios quiere de esta manera honrar a su Madre Santísima.

Dulce es la promesa que acerca de esto oyó Santa Brígida de boca del Señor, cuando, hablando una vez a su querida Madre, le dijo así: «Pídeme cuanto quieras: nada te negaré. Y todos los que por tu medio busquen misericordia, con propósito de enmendarse, alcanzarán la gracia.» Lo mismo oyó Santa Gertrudis otra vez en que Jesús dijo a María que Él, por su omnipotencia, le había concedido el que usase de misericordia con los pecadores, de cualquier modo que quisiese.

Repitamos todos con gran confianza: Acoraos, Señora piadosísima, que a ninguno jamás habéis desechado. Y así, perdonadme si me atrevo a decir que no quiero ser yo el primer desdichado que deje de hallar clemencia recurriendo a Vos.

EJEMPLO.

San Francisco de Sales, socorrido por rezar el «Acoraos».

Bien experimentó la eficacia de esta oración San Francisco de Sales, como en su *Vida* se cuenta. Tenía el Santo diecisiete años, y hallándose en

París dado al estudio y juntamente a la devoción y amor de Dios, en cuyo trato gozaba su alma delicias indecibles, permitió el Señor, para probarle y unirle más consigo, que el demonio le hiciese creer que todo cuanto bien hacía era inútil, porque estaba ya reprobado. Al mismo tiempo le dejó el Señor en gran oscuridad y aridez de espíritu, pues quedó como insensible a toda buena consideración, aunque fuese de la dulzura y bondad divina, con lo que la tentación tuvo más fuerza para afligir el ánimo del santo joven, en términos que perdió apetito, sueño, color y alegría, causando compasión el mirarle. En medio de esta deshecha borrasca, todos los pensamientos y palabras del Santo eran de confianza y dolor, prorrumpiendo en estos o semejantes afectos: «¿Conque he de vivir privado de la gracia de mi Dios que antes se mostraba conmigo tan suave y amoroso? ¡Oh amor, oh belleza infinita, a quien he consagrado toda mi alma! ¿Se acabaron para mí vuestras consolaciones? ¡Oh Virgen purísima, Madre de Dios, la más hermosa de las hijas de Jerusalén! ¿Conque jamás he de ver en el Cielo vuestro hermoso rostro? ¡Ah Señora! Si ha de ser tan grande mi desgracia, a lo menos no permitáis que en el infierno diga blasfemias contra Vos.» Tales eran los tiernos afectos de aquel amor afligido y enamorado de Dios y de su santísima Madre.

Un mes duró la prueba, al cabo del cual tuvo el

Señor por bien librarle por medio del consuelo del mundo, María Santísima, a quien el Santo había consagrado su virginidad, y en quien decía tener colocada toda su esperanza. Se volvió una tarde a casa y de paso entró en una iglesia, donde vio una imagen de la Virgen, y escrita al pie la oración de San Bernardo, que empieza: *Memorare*, etc. «Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen!, que nunca se oyó haber sido abandonado ninguno de cuantos acudieron a refugiarse a Vos.» Se postra allí delante, dice esta oración con íntimo efecto, renueva el voto de virginidad, promete, además, rezar el santo Rosario todos los días, y añade: «Reina y Señora mía, valedme de abogada con vuestro Santísimo Hijo, a quien no me atrevo yo a recurrir. Madre mía, si es que en el otro mundo he de tener la suma desgracia de no amar a un Señor tan digno de ser amado, alcanzadme, a lo menos, que en éste le ame todo cuanto yo pueda. Esta es la gracia que os pido y espero de Vos.» Acabada esta súplica, quedó como quien descansa en los brazos de la divina Providencia, resignado enteramente en la voluntad de Dios. Y en el acto mismo se sintió libre de la tentación por mano de aquella Madre dulcísima. Volvió la serenidad a su alma y juntamente la salud corporal. Siguió siendo devotísimo de María, cuyas misericordias y excelencias no cesó de publicar en sermones y libros todo el tiempo que le duró la vida.

ORACIÓN.

¡Oh Madre de Dios, Reina de los ángeles y esperanza de los hombres! Vos, que escucháis a todo el que os llama, quiénquiera que sea, ved aquí postrado a vuestros pies a un desventurado que hasta ahora fue cautivo del demonio, pero que ya desea consagrarse del todo por esclavo vuestro, ofreciendo honrados y serviros en adelante lo que le dure la vida. Bien conozco que, habiendo ofendido a vuestro Hijo Santísimo, poco es el honor que os puede resultar de que os sirva, un esclavo tan vil y rebelde como he sido yo; pero Vos tenéis poder para trocarme en otro hombre distinto, y si lo hacéis, el honor será debido a vuestra sola misericordia. No rehuséis esta oferta, Madre mía. Ovejas perdidas vino a buscar el Verbo eterno, y por salvarlas se hizo Hijo vuestro. ¿Cómo habéis Vos de desechar a esta ovejuela que por vuestro medio vino buscando el buen Pastor? Ya se dio el rescate por mi remedio; ya mi Redentor derramó aquella sangre preciosa que pudiera redimir infinitos mundos. Sólo falta que a mí también se me aplique, y esto a Vos os toca, Virgen benditísima, pues, como San Bernardo nos enseña, Vos sois la que dispensáis a quien os agrada todo su valor y merecimiento. Vos salváis a todo el que queréis, añade San Buenaventura. Conque, Señora, Vos me habéis de valer, Vos me habéis de salvar. En vuestras manos pongo mi alma, Vos la salvaréis.

2.^o— *Poder de María contra las tentaciones.*

No sólo del Cielo y de los Santos es María Santísima Reina poderosa, sino que también tiene dominio sobre el infierno y los enemigos infernales, por haberlos vencidos valerosamente con las armas de sus virtudes. Ya desde el principio del mundo anunció Dios a la serpiente maligna que *una Mujer la quebrantaría la cabeza* (Gen., 3, 15). Y esta Mujer única fue María, que, con la fuerza de su humildad y demás virtudes, alcanzó del enemi-

go completa victoria. Y para que nadie se equivoque, no dijo Dios: *Pongo*, sino *Pondré enemistad entre ti y la mujer*; no creyese alguno que era Eva la victoriosa. El triunfo se reservaba, dice San Vicente Ferrer, a una Virgen descendiente de Eva, por cuyo medio habían de alcanzar nuestros primeros padres y todos sus hijos un bien mucho mayor que el que ellos perdieron por el pecado. Dudan algunos si aquellas palabras *quebrantará tu cabeza* pertenecen a María o a Jesucristo, porque el texto de los Setenta intérpretes dice: *El quebrantará*; pero en la *Vulgata* latina, que en la Iglesia tiene tanta autoridad, como declaró el sagrado Concilio de Trento, la palabra es *Ella*, no *Él*; y así lo entendieron San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín, San Juan Crisóstomo y otros muchos. Mas sea como quiera, o la Madre por virtud del Hijo, ambos vencieron al diablo, que, como prisionero de guerra, quedó bajo los pies de esta Virgen benditísima. Añade San Bruno: «Eva fue vencida, y nos acarreó tinieblas y muerte; María venció, y nos trajo la luz y la vida, dejando a su contrario atado tan fuertemente, que ya no puede hacer el más mínimo daño a sus devotos.»

Sobre aquellas palabras de los *Proverbios* (31, 11): *En Ella confía el corazón de su Esposo; no la faltarán trofeos*; dice un escritor mariano que este *Esposo* es Jesucristo, al cual enriquece su Madre con los *despojos* arrebatados al diablo. Y Cornelio a

Lápide dice que puso Dios en manos de María el Corazón de Jesús para que le gane la voluntad de los hombres, y así no le faltarán trofeos; es decir, almas que Ella le conquiste y con que le enriquezcan, arrancadas del poder de los enemigos infernales.

Se sabe que la palma es símbolo de la victoria, y nuestra Reina, como erguida palma, está en medio de los príncipes celestiales: *Quasi palma exaltata sum in Cades (Eccli., 24, 18)*, en señal de la victoria que ganan cuantos se ponen bajo su patrocinio. Hijos — parece que nos está diciendo —, cuando os acose el enemigo, venid a Mí, miradme a Mí y cobrad ánimo, porque en Mí, que os defiendo, veréis al instante segura la palma de la victoria. Verdaderamente, el recurso a María es medio segurísimo para salir bien de todos los asaltos del enemigo, pues la Virgen — dice San Bernardino — se llama dominadora de los demonios porque los doma y refrena, y por eso es contra las potestades del infierno *terrible como los reales de un ejército en orden de batalla*.

Pone en su boca estas palabras el Espíritu Santo (*Eccli., 24, 23*): *Doy, como la vid, fruto de olor suave*, porque así como dicen que de la vid, cuando está en flor, huyen las serpientes, así, dice San Bernardo, huyen los demonios de aquellas almas dichosas en quienes sienten el olor de la devoción a Ma-

ría. — Por lo mismo es llamada *cedro*: *Quasi cedrus exaltata sum in Libano* (*Eccli.*, 24, 17), no sólo porque, como el cedro, está libre de corrupción, sino también porque, como el cedro con su buen olor ahuyenta las serpientes venenosas, así María pone en fuga a los demonios.

Los judíos antiguamente alcanzaron muchas victorias llevando consigo el Arca de la Alianza. Con ella venció Moisés, con ella fueron vencidos los filisteos, con ella se ganó Jericó. Y es cosa bien sabida que el Arca era figura de la Virgen; y que así como dentro se guardaba el maná, así en el vientre purísimo de esta Doncella estuvo encerrado el Salvador del mundo, maná del Cielo. Por medio de esta arca mística, se gana victoria, y el día que esta Señora fue ensalzada y coronada en los Cielos quedó enteramente abatido el poder del infierno, dice San Bernardino de Sena.

¡Qué temor tan grande tienen los enemigos a María y a su santo nombre! Se comparan bien (*Job.*, 24, 16) a los ladrones que *andan robando de noche, pero al despuntar la aurora huyen de la luz como de la muerte*. Así, dice el *ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA*, viene el enemigo a despojar las almas cuando viven en las tinieblas de la ignorancia; pero luego que las ve iluminadas por la gracia de Dios y la misericordia de María, huye de allí precipitado. ¡Dichoso, pues, el que en medio de la pelea invoca su santísimo nombre!

En confirmación de esta verdad, fue revelado a Santa Brígida que Dios le ha dado tanto poder sobre aquellos espíritus soberbios, que cuantas veces asaltan a sus devotos y éstos la llaman, a una señal suya huyen despavoridos y con tal espanto, que mejor sufrirán dobladas penas que no el verse vencidos por Ella. Particularmente es eficacísimo el auxilio que presta en las tentaciones contra la castidad, y por esta razón la compara el Esposo divino (*Cant.*, 2, 2) con la azucena entre espinas; a la cual dicen que nunca llega tampoco animal ponzoñoso.

Todos los que tienen la dicha de ser devotos de esta Señora pueden confiadamente decir: «¡Oh Madre mía!, si en Vos espero, no seré vencido; antes bien, con vuestra defensa perseguiré a mis enemigos, y oponiéndoles como poderoso escudo vuestra protección y auxilio omnipotente, quedará victorioso.» Y ciertamente que lo quedarán, porque tenerla de su parte es lo mismo que tener un arma irresistible contra el poder de todo el infierno junto.

Cuando sacó Dios su pueblo de la cautividad de Egipto, le guiaba por el desierto con *una nube* (*Exod.*, 13, 21), *que de dia era reparo contra los ardores del sol, y de noche, columna de luz*; figura de María y de los oficios piadosos que ejercita continuamente. Como nube, nos defiende de los

rigores de la divina justicia, y como columna luciente, de la malignidad de los demonios. Porque no se derrite la cera tan pronto puesta cerca del fuego, como pierden los enemigos infernales toda la fuerza contra las almas que traen presente el santísimo nombre de María y la invocan y procuran imitar.

¡Cómo tiemblan los malignos sólo de oír su nombre sacro! A la manera que los hombres caen a tierra cuando un rayo da cerca de ellos, así los demonios quedan aterrados al oír el nombre de María. ¡Cuántas victorias han alcanzado sus devotos con la invocación de este santísimo nombre! Así los venció San Antonio de Padua, el Beato Enrique Susón y otros muchísimos; entre los cuales hubo un cristiano en el Japón que, acometido visiblemente por ellos en gran multitud, les dijo: «Yo no tengo armas que os puedan infundir temor; si Dios os da licencia, haced de mí lo que más os agrade; pero invoco en mi ayuda los dulcísimos nombres de Jesús y María.» Apenas dicho esto, se abre de repente la tierra y caen precipitados por allí los espíritus infernales. Y por experiencia sabemos que todo el que se vale de igual medio sale con victoria de cualquier peligro.

¡Glorioso y admirable es tu nombre, Señora!, dice el SALTERIO MARIANO. Los que a la hora de la muerte se acuerden de invocarle no se espantarán

del infierno, porque los demonios huyen cuando le oyen, siéndole más terrible que un ejército armado. Así es Señora. Vos, con el escudo de vuestro piadosísimo nombre, libráis a vuestros devotos del poder de los príncipes de las tinieblas. ¡Qué dolor que todos los cristianos, en el acto de la tentación, no le invoquen con gran confianza! Ciento que si lo hiciesen, no llegaría ninguno a caer, porque es nombre de tanta eficacia, que al oírle pronunciar tiembla todo el abismo. ¿Qué más diré? Aun del pecador más perdido, apartado de Dios y poseído de los demonios, huyen ellos al instante que, con ánimo de enmendarse, pronuncia este nombre poderosísimo; aunque también es cierto que si no sigue la enmienda, como propuso, vuelven a él con más ímpetu que antes.

EJEMPLO.

Amparado por la Virgen en el tribunal de Cristo.

Vivía en Reisberg un canónigo regular devotísimo de la Virgen María, llamado Arnoldo, el cual, viéndose a las puertas de la muerte, y habiendo ya recibido todos los Sacramentos, llamó a sus compañeros y les pidió no le dejasen solo en aquel punto. Dicho esto, empezó a temblar, y con un sudor frío, los ojos desencajados y voz espantosa, dijo: «¿No veis que los demonios me quieren llevar?» Despues dio un grito, diciendo: «Herma-

nos, pedid por mí a María Santísima; en Ella confío.» Se pusieron al instante a rezar la Letanía de nuestra Señora, y al decir: *Santa María, ruega por él*, exclamó el moribundo: «Repetid, repetid muchas veces el nombre de María que ya me hallo en el tribunal divino.» Aquí se detuvo, y a poco dijo, como respondiendo: «Es cierto que lo hice, pero también hice penitencia.» Y volviéndose a la Virgen, imploraba su favor, diciendo: «Señora, si Vos me ayudáis me salvaré.» Le volvieron los demonios a dar otro asalto, pero él se defendía santiguándose con un santo Cristo y llamando sin cesar a su dulce abogada. Así pasó la noche. A la mañana se serenó, y alzando la voz dijo con alegría: «Mi Señora y refugio me ha alcanzado misericordia y salvación.» En esto vio que le convidaba a que le siguiese, y respondió al instante: «Voy, Señora, voy», y hacía fuerza para levantarse; mas no pudiendo seguirla con el cuerpo, expiró dulcemente, y, como esperamos, voló el alma en su compañía al reino de la eterna felicidad.

ORACIÓN

Ved aquí a vuestros pies, ¡oh esperanza mía!, a un pecador miserable que, por culpa suya, fue muchas veces esclavo del demonio. Conozco que el haberme vencido y preso fue por no acudir a valerme de Vos; que si lo hubiera hecho, seguro es que no hubiera caido tan profundamente. Espero que, por vuestro favor, habré yo salido de sus garras crueles y alcanzado la misericordia divina. Pero, en lo por venir, temo me vuelva a prender y a atar con sus cadenas, porque no desconfía de vencerme otra vez, y ya se

dispone a nuevas tentaciones y asaltos. Ayudadme Vos, Reina y Señora mía; tenedme bajo vuestro manto, y no permitáis que de nuevo venga a ser esclavo suyo. Bien sé que me daréis victoria si a Vos acudo. Pero éste es el temor que ahora me aflige, temor de olvidarme de Vos en la ocasión y peligro. Esta, pues, es la gracia que deseo y pido humildemente, Virgen Santísima; no olvidarme de implorar socorro cuando me llegue a ver en medio de la pelea. Clame yo entonces: Madre mía, ayudadme. Mayormente en el último combate, a la hora de la muerte, asistidme propicia y venid a mi memoria para que os invoque sin cesar con el corazón, y con la boca, y así, teniendo vuestro poderoso nombre y el de vuestro dulcísimo Hijo en el alma y los labios, logre la incomparable dicha de ir a veros y bendeciros en la gloria por toda la eternidad. Amén.

CAPITULO V

A TI SUSPIRAMOS, GIMIENDO Y LLORANDO, EN ESTE
VALLE DE LÁGRIMAS

1.º — *Cuán necesaria sea para salvarnos la intercesión de nuestra Señora.*

Que el invocar y hacer oración a los Santos, y especialmente a la Reina de todos, María Santísima, para que nos alcancen del Señor gracias y favores, es cosa no solamente lícita, sino útil y santa; es verdad de fe, definida en los Concilios, contra los herejes, que la motejan de injuriosa a Jesucristo, único medianero nuestro. Pues si Jeremías, después de su muerte, ruega por la ciudad de Jerusalén (2 Macab., 15, 14); si los ancianos del *Apocalipsis* (6, 8) presentan a Dios las oraciones de los Santos; si promete San Pedro a sus discípulos (2 Petr., 1, 15) acordarse de ellos después de pasar de este mundo; si San Esteban (Act., 7, 59) ruega por sus perseguidores; si San Pablo (Act., 27, 24) lo hace por sus compañeros; si pueden los Santos

pedir por nosotros ¿por qué no hemos de solicitar su intercesión? El mismo San Pablo (*1 Tesal.*, 5, 25) se encomendó en las oraciones de sus discípulos. Y Santiago (5, 16) nos exhorta a rogar los unos por los otros. Luego bien podemos hacerlo con toda seguridad.

¿Quién niega que Jesucristo sea nuestro medianero de justicia, que con sus méritos nos ha reconciliado con el Padre? Mas ¿no será también cosa impía el decir que desagrada a Dios dispensar mercedes por intercesión de los Santos, y con especialidad por medio de su Madre amantísima, a quien desea grandemente ver amada y venerada de todos? ¿Quién no sabe que el honor tributado a la madre redunda en honor de los hijos? (*Prov.*, 17, 6). ¿Quién ha de creer que se oscurezca la gloria del Hijo alabando a su Madre, sino, al contrario, que cuantos más elogios se le den a Ella, más se le dan a Él? Bendecir a la Reina Madre, dice San Ildefonso, es bendecir al Hijo. No se duda que por los merecimientos de Jesucristo se concedió a María la dignidad de ser medianera de nuestra salud, no de justicia, sino de gracia y de intercesión, como la llaman el **ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA** y San Lorenzo Justiniano. Y, por lo mismo, el acudir a la Virgen para que nos alcance las gracias no proviene, dice el Padre Suárez, de que desconfiemos de Dios y de su misericordia, sino del temor de nuestra propia indignidad y vileza, conociendo la cual

recurrímos a María para que supla nuestra miseria con sus méritos e intercesión. Que esto sea cosa útil y santa, lo dudará solamente quien no tenga fe.

Mas lo que ahora intentamos probar es que su intercesión es necesaria para salvarnos, si no de una manera absoluta y rigurosa, a lo menos, moralmente, hablando con toda propiedad. Y decimos que esta necesidad dimana de la voluntad positiva de Dios, que ha determinado que todas las gracias que a los hombres dispensa hayan de pasar por manos de María, según la opinión de San Bernardo, que ya es común hoy entre los doctores y teólogos, como lo explica bien el autor del libro intitulado *REINO DE MARÍA*. Esta es la opinión de Vega, Mendoza, Segneri, Poiré, Crasset, Contenson y otros innumerables. Hasta Natal Alejandro, autor ordinariamente tan mirado en lo que dice, lo asegura sin titubear.

Sólo un escritor moderno (1) ha mostrado ser de diverso sentir, aunque habla con mucha piedad y doctrina cuando explica la verdadera y falsa devoción. Mas con la Madre de Dios ha sido muy avaro en concederle esta prerrogativa, que le atribuyen largamente San Germán, San Anselmo, San Juan Damasceno, San Buenaventura, San Antonino, San Bernardino de Sena y tantos otros

(1) Pasa el santo Doctor a refutar a Ludovico Antonio Muratori en su libro *Della regolata divozione*, cap. 22.

doctores sagrados, que sin dificultad aseguran ser la intercesión de María no sólo útil, sino también necesaria. Dice dicho autor que el suponer que Dios ninguna gracia conceda sino por medio de la Virgen es una hipérbole o exageración deslizada al fervor de algunos Santos, la cual, entendida como se debe, quiere decir que de María hemos recibido a Jesucristo, por cuyos méritos lo alcanzamos todo; pues sería error, añade, el creer que Dios no puede concedernos favores sin la intervención de su Madre, enseñando el Apóstol (*1 Tim.*, 2, 5) que los cristianos sólo reconocemos a *un Dios y a un mediador entre Dios y los hombres, que es Jesucristo*.

Pero, con licencia de este escritor, una es *mediación de justicia*, por vía de merecimiento; otra *de gracia*, por vía de ruegos. Y una cosa es decir que Dios *no puede*; otra, que *no quiere* conceder sus gracias, sino por medio de María. Nadie niega que Dios, como fuente de todo bien, es dueño absoluto de sus beneficios, ni que María, si nos da, es porque lo recibe graciosamente de Dios. Mas ¿quién pondrá tampoco en duda ser cosa muy puesta en razón que, habiendo amado y honrado a Dios esta criatura excellentísima más que ninguna otra, y sido ensalzada a la dignidad incomparable de Madre del mismo Dios, quiera el Señor que todas las gracias que haya de conceder pasen por sus manos virginales? Confesamos que Jesucristo es el *único mediador de justicia*, y por sus méritos alcanzamos

gracia y salvación; pero añadimos que María es mediadora *por gracia*, y que si bien cuantos favores nos impera son en virtud de los méritos del Redentor, y pidiéndolos Ella en nombre del Redentor, pero, al fin, pasan todos por sus benditas manos.

En esto no hay nada que se oponga a los dogmas de nuestra fe; antes bien, es muy conforme a lo que tiene y cree la santa Iglesia, enseñándonos en las oraciones públicas que de continuo acudamos a esta dulce Madre y la invoquemos, llamándola *salus infirmorum, refugium peccatorum, auxilium christianorum, vita, spes nostra*. Y en el Oficio divino, que manda rezar en las festividades de la Virgen, aplicándole una palabras de la Sabiduría (*Eccli.*, 24, 25), nos dice que hemos de poner en Ella *toda la esperanza de gracia, de vida, de salvación eterna*, como medio para preservarnos de pecar, cosas todas que declaran manifiestamente la necesidad que tenemos de su poderosa intercesión.

Y en este creer y sentir nos confirman innumerables teólogos y Santos Padres, de los que no es justo que digamos que por ensalzar a María hablaron con hipérboles y se les cayeron de la boca exageraciones, porque el exagerar y aumentar con exceso es traspasar los límites de la verdad, vicio muy ajeno de los Santos, asistidos en lo que escribían del espíritu de Dios, que es espíritu de verdad.

Y aquí se me permita decir en breve digresión que cuando una opinión tiene algún fundamento y mira de alguna manera el honor de María Santísima, no conteniendo nada que sea contrario a la fe, decretos de la Iglesia o a la verdad en sí, el no admitirla o impugnarla con pretexto de que la contraria puede también ser verdadera, denota poca devoción a la misma Señora. En la lista de los pocos devotos no quisiera estar yo, ni que se contase ninguno de mis lectores; antes bien, que todos no hallásemos comprendidos en el número de los que firmemente creen cuanto sin error se puede creer de su grandeza, pues entre los obsequios que más le agradan, uno es el de creer con firmeza sus excelencias y prerrogativas. Y cuando otra razón no hubiera, bastaría saber lo que enseñan los Santos, que todo cuanto se diga en alabanza de María todo es poco para lo que merece su dignidad de Madre de Dios. Añádase lo que nos propone la santa Iglesia, que en su Misa nos manda decir estas palabras: «Feliz eres, ¡oh sagrada Virgen!; feliz y dignísima de toda alabanza.».

Pero volviendo al punto, veamos lo que dicen los Santos: San Bernardo la llama *Acueducto lleno, de cuya plenitud recibimos todos*. Dice también que antes no había en el mundo esta fuente copiosa; pero que, ya nacida, de ella corre la gracia hasta nosotros continuamente. Por lo que, así como para tomar la ciudad de Betulia mandó romper Holo-

fernes las cañerías que iban a la ciudad, así el demonio, para apoderarse de las almas, procura que pierdan la devoción a nuestra Señora, y si lo consigue, tiene hecho lo demás. ¡Oh alma!, añade el Santo, mira con cuánta devoción y afecto desea Dios ver honrada a su Madre, pues depositó en sus manos todos los tesoros de su bondad para que sepamos que todo cuanto tenemos de esperanza, de gracia y de salvación lo recibimos de María. Y considerando el nombre que la santa Iglesia le da de *Puerta del Cielo*, dice que de allí no viene gracia ninguna que no pase por sus manos benditísimas.

San Antonino asegura que todas cuantas misericordias se han dispensado a los hombres, todas han sido por medio de María. Por eso la comparan con la luna, porque así como la luna se interpone entre el sol y la tierra, y derrama sobre ésta los rayos que recibe del sol, así María es medianera entre Dios y nosotros, y nos transmite la gracia.

San Jerónimo, o quien sea el autor de un sermón de la Asunción inserto en sus obras, confirma esta verdad, diciendo que *en Jesucristo está la plenitud de gracia como en cabeza de quien se derivan los espíritus vitales*; esto es, los auxilios divinos con que se alcanza la salvación eterna, y que *en María está la gracia en plenitud, como en cuello y conducto por donde todo pasa a los miembros*.

San Bernardino de Sena lo trae aún más expresamente, enseñando que por su medio se transmiten a los fieles, que son el cuerpo místico de Jesucristo, todas las gracias de la vida espiritual que desciende del mismo Señor; añadiendo que en el punto en que fue concebido en su seno virginal el Verbo eterno, adquirió la Madre cierto derecho y jurisdicción a todos los dones que proceden del Espíritu Santo, en términos que ya ninguna criatura recibe gracia ni favor que no pase por sus manos virginales, con derecho y autoridad para dispensarlas a quien, cuándo y en el modo que más la agrade.

El Padre Crasset, S. J., explicando aquellas palabras donde anuncia el profeta Jeremías (31, 22) la encarnación del Verbo divino, diciendo: *Una mujer rodeará al Hombre-Dios*, compara las gracias que vienen por su mano a las líneas que salen de un círculo, las cuales han de pasar por la circunferencia; así, de Jesucristo nuestro Señor, que es centro de la gracia, no procede ninguna sin que haya de pasar por medio de María, que en la Encarnación le tuvo en su seno inmaculado.

Por esto el abad de Celles nos exhorta a recurrir a *la tesorera de todas las gracias*, pues únicamente por su medio deben aguardar los hombres todo el bien que pueden esperar.

El Padre Suárez enseña ser hoy sentir de la

Iglesia universal que la intercesión de la Virgen no sólo es útil, sino necesaria. *Necesaria*, vuelvo a decir, no en sentido absoluto, porque precisa y absoluta sólo nos es la de Jesucristo nuestro Señor, sino en sentido moral, por haber Dios determinado no conceder al hombre cosa alguna que no pase por manos de su Madre, conforme a la doctrina de San Bernardo, enseñada mucho tiempo antes por aquel Santo, que, hablando con la misma Señora, dice así: «¡Oh María! El Señor ha dispuesto que por vuestras manos pasen todos los bienes que ha de repartir a los hombres, y para ello os ha confiado todos los tesoros y riquezas de su gracia.»

Otro escritor mariano asegura igualmente que sin el consentimiento de esta purísima Doncella no quiso Dios hacerse hombre, por dos motivos: el uno, para que quedásemos sumamente obligados a tan gran bienhechora, y el otro, para que supiésemos que la salvación de todos quedaba pendiente de la voluntad y arbitrio de la misma Señora.

En fin, el **ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA**, comentando aquellas palabras del profeta Isaías (11, 1-3), en que dice que *de la estirpe de Jesé, padre de David, brotará un retoño, que es María, y de éste una flor*, que es el Verbo encarnado, dice hermosamente: «Todo el que aspire a conseguir la gracia del Espíritu Santo, busque la flor en su tallo, porque en éste se halla la flor, y en la flor, a Dios.»

Y sobre aquel texto de San Mateo (2, 11): *Hallaron al Niño con María, su Madre*, escribe: «Jamás hallará nadie a Jesús sino por medio de María.»

De todo lo dicho se infiere claramente que cuando estos Santos y Doctores enseñan que todas las gracias del Cielo vienen por sus manos, no han querido decir solamente que sea porque de Ella hemos recibido a Jesucristo, fuente de todo bien, sino porque, además, quiere Dios que cuantos favores y auxilios se han dispensado después a los hombres, y se dispensarán hasta el fin del mundo por los méritos de Jesucristo, todos hayan de ser debidos a la intercesión de su Madre santísima.

Por eso escribe San Ildefonso: «Siervo del Hijo quiero ser; mas porque nadie puede lograrlo sin ser siervo de la Madre, por eso ambiciono serlo de la Madre.»

EJEMPLO.

¡Jamás renegaré de mi Madre!

Un joven a quien su padre había dejado, con la nobleza, muchos bienes de fortuna, por haberse dado a los vicios, vino a ser tan pobre, que tuvo que ponerse a pedir limosna, y al cabo se fue de su patria para vivir con menos vergüenza donde nadie le conociese. Encontró en el camino a un hombre que había sido criado de su casa, el cual, viéndole

tan derrotado y miserable, le dijo que se alegrase, porque él le presentaría a un señor muy poderoso, de quien seguramente podía esperar cuanto necesitase.

Era este hombre, por lo visto, un malvado hechicero, y llevando consigo al mozo por un bosque cerca de una laguna, empezó a hablar con persona invisible. El joven, admirado, le preguntó con quién hablaba y él respondió: «Con el demonio.» Y al mismo tiempo le animaba a no temer, viéndole tan asustado. Siguió conversando, y dijo: «Señor, este joven se ve reducido a extrema necesidad, y quisiera recobrar lo perdido.» «Si está dispuesto a obedecerme — contestó el espíritu infernal — le haré más rico que antes era: pero con la condición que reniegue de Dios.» Al oír esto, el joven se horrorizó; pero instigado por el maldito hechicero, al fin lo hizo, y renegó de su Criador. «No basta — volvió a decir el diablo — ; también ha de renegar de la Virgen, porque ésta es la que nos hace mayor daño. ¡Oh, a cuántos nos arrebata de las manos, volviéndolos a Dios y alcanzándoles la salvación!» «Eso, no — dijo el joven — ; yo no reniego de mi Madre, porque Ella es toda mi esperanza; más quiero ir toda mi vida por el mundo pidiendo limosna.» Dicho esto, huyó de allí.

A la vuelta encontró una iglesia de nuestra

Señora, donde, habiendo entrado, se postró ante una imagen suya, y empezó a suplicar con muchas lágrimas que le alcanzase misericordia y perdón. He aquí que María se pone al instante a pedir a su Santísimo Hijo por aquel infeliz; pero el Señor respondió: «Es un ingrato, que ha renegado de Mí.» La Virgen, a pesar de esto, no cesaba de rogar por él, hasta que al fin le dijo el Señor: «Madre: nunca os he negado nada; quede perdonado, pues que Vos lo queréis.»

Todo esto lo estuvo escuchando a escondidas un hombre rico que era el mismo que había comprado las haciendas del joven, y viendo el favor que la Virgen le dispensaba, le llevó a su casa y le dio por mujer a una hija suya única, haciéndole heredero de cuanto tenía. Así recobró el joven a un tiempo, por medio de la Virgen, la gracia de Dios y los bienes temporales.

ORACIÓN.

Alma mía, conoce la esperanza grande de salvación eterna que el Señor te da con haberte, por su misericordia, puesto bajo el patrocinio de su bendita Madre, después que por tus pecados mereciste mil veces el infierno. Rinde gracias a Dios, y a su dulcísima Madre muy afectuosas por la bondad con que te acoge bajo su manto sagrado, colmándote de favores.

Sí, amorosa Madre mía, de lo íntimo del corazón os doy gracias por todo el bien que me habéis prodigado, siendo yo, como he sido, esclavo del demonio. ¡De cuántos peligros me habéis librado! ¡Cuánta luz y misericordia me habéis impetrado del Señor! ¡Y qué

habéis recibido Vos de mí parte para que así me colmaseis de beneficios? Nada.

Vuestra sola bondad fue la que os movió. ¡Ah Señora!, que aunque diese por Vos la sangre y la vida, todo sería poco, habiéndome librado Vos de la muerte eterna, obtenido, como confío, la divina gracia y siendo el origen de toda mi felicidad. No puedo corresponder con otra cosa que con amor y alabanza. No desechéis los afectos de un miserable pecador que se ha prendado de vuestra bondad. Si es indigno de amaros por verse tan lleno de pasiones e inclinaciones terrenas, purifícad y trocad Vos enteramente su corazón. Unidme a Dios con lazo tan estrecho que no vuelva jamás a separarme de su santísimo amor. Esto es lo que Vos me pedís, y esto es lo que yo os pido también a Vos. Alcanzadme esta gracia, que otra cosa no pido ni deseo.

2.º — Prosigue la misma materia.

A la manera que un hombre y una mujer causaron nuestra ruina, dice San Bernardo, así fue conveniente que el daño se reparase por otro hombre y otra mujer, que fueron Jesús y María. Suficientísimo era Jesucristo para redimirnos; pero, pues ambos sexos concurrieron al mal, convino, por congruencia, que ambos nos trajesen el bien. Y así, San Alberto Magno llama a María cooperadora de nuestra redención. Y como la misma Señora reveló a Santa Brígida, por una manzana vendieron el mundo Adán y Eva, y con un corazón le rescataron Jesús y su Madre dulcísima. De la nada creó Dios el mundo, añade San Anselmo; pero habiéndose perdido por la culpa, no quiso repararle sin la cooperación de María.

De tres maneras *cooperó* la divina Madre a *nuestra salvación*, como explica el Padre Suárez; primera, mereciendo con mérito de congruencia la Encarnación del Verbo eterno: segunda, rogando por nosotros instantemente mientras vivió en la tierra; tercera, ofreciendo con pronta voluntad la vida de su Hijo por nuestro remedio. Habiendo, pues, contribuido así, con amor ardentísimo, a la gloria de Dios y a *nuestra salvación eterna*, tiene decretado el Señor que todos hayamos de conseguirla por su mediación y valimiento.

Se llama *cooperadora de la justificación*, porque Dios ha puesto en sus manos todas las gracias que han de hacer a los hombres; y todos los hombres pasados, presentes y por venir, dice San Bernardo, tienen que mirar a María como el medio de su eterna felicidad y como el centro de todos los siglos. Lo que dijo el Señor (*Jn.*, 6, 44): *Ninguno viene a Mí si mi Padre no le trae*, lo puede también decir de su Madre: Ninguno viene a Mí si, con sus ruegos, no los trae mi Madre. Jesús fue *el fruto bendito de aquel vientre inmaculado* (*Lc.*, 1, 42), como exclamó Santa Isabel cuando la vio entrar por sus puertas; y así, quien apetezca el fruto ha de ir al Arbol: quien quiera hallar a Jesús, tiene que buscar a María, y hallar a uno es hallar al otro. Luego que Santa Isabel la vio, no sabiendo cómo agradecerle aquella fineza tan singular, dijo en alta voz: *¿De dónde a mí, que la Madre de mi Dios venga a visitarme?*

¿Pero acaso ignoraba que allí venía el Señor también? ¿Cómo no dice o no se tiene más bien por indigna de recibirle a Él? ¡Ah, que la Santa entendió muy bien que cuando viene María trae consigo a Jesús, y por eso le bastó dar a gracias a la Madre, sin que fuese menester nombrar al Hijo!

*Fue como navío de mercader, que de lejos trae el sustento (Prov., 31, 14), María es aquella nave feliz que nos trajo al Salvador, pan vivo bajado del Cielo, para darnos vida de gracia y gloria, como dijo el mismo Señor (Jn., 6, 51); y así, puede asegurarse que todos los que en el borrascoso mar de este mundo no se refugien a esta nave de salud, perecerán. Por esto siempre que nos veamos en peligro de caer, dirijamos pronto a María nuestros clamores, y digamos (Mt., 8, 25): Socorrednos, Señora, sin tardanza, que perecemos. Nótese aquí, de paso, que el piadoso autor de quien tomamos estas palabras no tiene reparo en decir *sálvanos, que perecemos*, como lo tuvo el otro que voy rebatiendo (1), fundado en que la prerrogativa de *salvar* sólo pertenece a Dios. Mas si un hombre que haya sido sentenciado a muerte puede muy bien suplicar a un favorito que, imponiendo su valimiento con el rey, *le salve*, obteniéndole la gracia de la vida, ¿por qué no ha de poder un cristiano decir a la Madre de Dios que *le salve* y alcance de Dios la gracia de la*

(1) Véase pág. 137.

vida eterna? Ninguna dificultad hallaba el himnógrafo griego en decirle: «Reina inmaculada, Reina purísima, salvame y líbrame de la eterna condenación; ni el **SALTERIO MARIANO** en llamarla *Salud de todo el que la invoca*; ni la santa Iglesia en invocarla como *Salud de los enfermos*. ¡Y hemos todavía de tener escrúpulos en suplicarle que *nos salve*, cuando a nadie se da entrada por el Cielo sino por Ella, nadie se salva sino por María, como dijo San Germán? ¿No dicen claramente los Santos que nos es necesario la intercesión de la divina Madre? Decía San Cayetano: Bien podemos buscar la gracia, pero jamás la encontraremos sino por medio de María. Pero sin valerse de Ella, añade San Antonino, es como volar sin alas. Porque así como cuando las gentes, acosadas del hambre pedían pan a Faraón, éste les decía (*Gen., 41, 55*): *Id a José*, así dice Dios: *Id a María*, pues ha decretado, dice San Bernardo, no conceder a nadie cosa alguna sino por su medio. Nuestra salud está en su mano. La salud de todo el mundo consiste en ser por Ella favorecidos y amparados. San Bernardino de Sena la llama *Dispensadora de todas las gracias*. Al modo que una piedra cae si no tiene cosa que la detenga, así, dice otro escritor, un alma sin el sostén de María cae primero en el pecado, y después en el infierno. El **SALTERIO MARIANO** añade: Sin su intercesión no salva Dios a nadie. Un niño sin alimento, muere, y un hombre sin amparo de María, perece. Procura, pues, que tu alma tenga

sed de la devoción de María; ásete a Ella y no la dejes hasta que te bendiga. ¡Oh Virgen hermosa!, exclamó San Germán, ¿quién hubiera conocido a Dios sino por Ti? ¿Quién se libraría de los peligros, quién recibiría gracia alguna sino por Ti? ¡Oh Virgen! ¡Oh Madre! ¡Oh llena de gracia!

Para llegar al Padre, dice San Bernardo, no tenemos acceso sino por Jesucristo; y para Jesucristo, el medio más seguro es María Santísima; por Ella nos recibe el que por Ella se nos dio. ¿Qué será, pues, de nosotros, Señora, si nos abandonáis, Vos, que sois la vida de todo cristiano?

Replica el referido autor moderno que si ello es así, que todas las gracias pasan por María, También habrán de recurrir los Santos a la Virgen para alcanzar por su medio los favores que les pedimos. Y esto, dice, nadie lo cree, nadie lo ha soñado.

Respondo que en creerlo no hay error ni inconveniente alguno. ¿Qué inconveniente puede haber si decimos que, habiéndola Dios constituido Reina de todos los Santos y decretado que todo favor pase por sus manos, quiera, para más honrarla, que aun los Santos recurren a Ella, y por su medio alcancen a sus devotos cualquier beneficio? Y en cuanto a que nadie lo ha soñado, yo encuentro que lo afirman terminantemente San Bernardo, San Anselmo, San Buenaventura, y con ellos el

eximio doctor Francisco Suárez, diciendo todos unánimemente que en vano acude a los Santos cuando la Virgen no le favorece ni ayuda.

Lo mismo enseña un piadoso escritor moderno explicando aquellas palabras del Profeta Rey (*Ps.*, 44, 13): *Todos los ricos del pueblo buscarán tu rostro y te pedirán*. Dice que *los ricos* de aquel gran pueblo de Dios son los Santos, los cuales, cuando desean alcanzar alguna merced para sus devotos, se encienden a nuestra Señora para que se la obtenga. Y así, dice el Padre Suárez, aunque entre los Santos no acostumbramos valernos de la intercesión de uno para con otro, pues todos son iguales; pero respecto de la Virgen, con gran razón les pedimos que sean nuestros intercesores para con la que es su Reina y Señora. Prueba de esto es que el Patriarca San Benito, apareciéndosele a Santa Francisca Romana, le prometió *abogar* por ella *delante de la Sacratissima Virgen*. Sin duda, Virgen soberana, exclama San Anselmo, todo lo que los Santos pueden alcanzar unidos con Vos, lo podéis Vos sola conseguir. ¿Y por qué sois tan poderosa? Porque sola sois Madre del Salvador, sois la Esposa escogida del mismo Dios, sois Reina universal de Cielos y tierra. Si Vos no pedís por nosotros, no lo hará ningún Santo; mas si ellos ven que Vos empezáis la súplica, al instante se pondrán a vuestro lado, y pedirán y tendrán empeño en favorecernos. Porque cuando se dirige a orar por nosotros, dice el

ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA, como Reina que es de los ángeles y los Santos, le manda juntar sus ruegos con los suyos para inclinar la voluntad del Altísimo.

Así, finalmente, se entiende la razón por que la santa Iglesia nos manda invocar y saludar a esta Madre dulcísima con el título precioso de esperanza nuestra: *Spes nostra, salve*. El impío Lutero decía que para él era cosa insufrible que la Iglesia romana llamase a María su *esperanza*, mal fundado en que sólo Dios y Jesucristo pueden ser esperanza del hombre; tanto, que por Jeremías (17, 5) *maldice Dios al que la coloca en alguna criatura*. Pero la Iglesia que no se engaña, nos dice que la invoquemos sin cesar, llamándola en alta voz esperanza nuestra: *Spes nostra, salve*. El que la pone en alguna criatura independientemente de Dios, será el maldito, porque Dios es la única fuente y dador de todo bien, y la criatura sin Dios, como nada tiene, nada puede dar. Pero el Señor ha dispuesto, como ya hemos probado, que todas las gracias pasen por manos de su Madre, canal de misericordia, y por esto se puede y debe decir que es esperanza nuestra, y que por su mediación recibimos todos los favores del Cielo.

En efecto, Señora, os diré, con San Bernardo, con San Juan Damasceno, Santo Tomás y San Efrén: Vos sois toda mi confianza, toda mi espe-

ranza. Os miro atentamente, y sé que de vuestra mano está pendiente mi dicha. Protegedme bajo las alas de vuestra piedad. Procuremos venerarla con todos los afectos del corazón, pues que así lo quiere Dios, habiéndola constituido medio y canal para dispensarnos todas sus bondades, y siempre que deseemos alcanzar alguna merced de la piedad divina, encomendémonos a María, y no dudemos de conseguirla, que si lo desmerecemos, bien lo merece la que por nosotros interpone sus ruegos; así como si aspiráramos a que acepte Dios lo que de nuestra poquedad le ofrecemos, sea María el conductor, y el Señor admitirá la ofrenda benignamente.

EJEMPLO.

Escritura arrebatada al demonio.

Famosa es la historia de Teófilo, escrita por Eutiquiano, patriarca de Constantinopla, testigo ocular, y confirmada por los Santos Pedro Damían, Bernardo, Buenaventura, Antonio y otros, alegados por el P. Crasset.

Era Teófilo arcediano de la iglesia de Adana, ciudad de Cilicia, y tan estimado generalmente, que el pueblo le pedía por obispo, rehusando él por humildad. Con todo, como por acusación de algunos malévolos fuese depuesto de la prebenda, concibió tan gran sentimiento, que, ciego de pa-

sión, fue a buscar a un mago judío, y éste le proporcionó abocarse con Satanás, para que le ayudase en aquella desgracia. Respondió el demonio que para merecer su favor, primero había de renegar de Jesús y María, y ponérselo por escrito. Teófilo firmó la escritura execrable.

Al día siguiente, habiendo conocido el obispo la sinrazón, le pidió excusa y le repuso en el ejercicio de la dignidad. Entonces conoció Teófilo lo grave de su crimen, y con gran remordimiento comenzó a llorar amargamente. ¿Qué hacer? Se va a una iglesia, se postra delante de una imagen de nuestra Señora, y con abundancia de lágrimas le dice: «Madre de Dios, no quiero caer en desesperación teniéndoos a Vos, que sois tan clemente y me podéis valer.»

Con esta súplica estuvo cuarenta días, siempre llorando a los pies de la Virgen, hasta que una noche se hace la Señora visible, diciéndole: «¿Qué es lo que has hecho, Teófilo? Me has negado a Mí y a mi Hijo. Y ¿a quién has vendido tu alma? A mi enemigo y tuyo.» «Vos, Señora — respondió —, me habéis de perdonar y obtener perdón de vuestro Santísimo Hijo.» Viendo María tanta confianza, le volvió a decir: «Consuélate, que pediré por ti.»

Animado con esto, dio mayor rienda a los sollozos, penitencias y ruegos, sin desviarse de la

vista de aquella sagrada imagen, y al cabo de otros nueve días se le volvió a aparecer, diciendo: «Teófilo, alégrate, que he presentado en el acatamiento divino tus plegarias y han sido bien oídas, y ya Dios te ha perdonado. De hoy en adelante séle fiel y agradecido.» «No basta, Señora — replicó Teófilo —; tiene todavía el enemigo aquella escritura abominable, y Vos podéis hacer que se me devuelva.»

Tres días pasaron, y la tercera noche despertó y se halló con el papel en el pecho. A la mañana siguiente, estando el obispo en el templo, con gran concurso de gente, fue allá Teófilo, se le echó a los pies, contó cuanto había pasado, y hecho un mar de lágrimas le puso en las manos el papel, que se quemó allí en público, llorando todos de alegría con bendiciones y alabanzas a Dios y a su Madre, por la misericordia que había usado con aquel pecador, el cual se volvió desde allí a la iglesia de su abogada, donde tres días después murió, lleno de gratitud y júbilo.

ORACIÓN.

¡Oh Reina y Madre de misericordia, que dispensáis los favores con liberalidad de reina y amor de madre, hoy acudo a Vos, viéndome tan falto de méritos y virtudes y tan alcanzado en deudas con la divina justicia! Vos, Señora, que tenéis la llave de todas las misericordias, no os olvidéis de mi gran miseria, ni me dejéis en esta pobreza y desnudez. Siendo con todos tan generosa, que dais siempre mucho más de lo que os piden, sedlo también conmigo.

protegiéndome y amparándome, que es todo lo que pretendo y pido. Si Vos me protegéis, nada temo. No temo al demonio, porque sois mucho más poderosa que todo el infierno; no a mis pecados, porque me podéis alcanzar el perdón con sólo una palabra que digáis; ni aún temo la cólera del Juez airado, porque una súplica vuestra basta para aplacarle. En suma: valiéndome de Vos, todo lo espero, porque todo lo podéis. Madre de misericordia, sé que vuestro gusto es favorecer a los desdichados, y sé que los protegéis, si de su parte no hay obstinación. Pues yo, aunque pecador, no me obstino, sino que propongo de veras enmendarme. Vos me podéis ayudar. Ayudadme, pues, a recobrar la gracia y salvar mi alma. Hoy me pongo enteramente en vuestras manos clementísimas. Inspíradme lo que tengo que hacer para agradar a Dios, que estoy resuelto a ponerlo por obra, y con vuestro favor espero que lo haré. ¡Oh María, oh María, Madre, luz, consuelo, refugio y esperanza mía! Amén, amén, amén.